

Repensando el espacio desde el mundo heideggeriano en *Ser y Tiempo*

MARIBEL CUENCA

Pontificia Universidad Católica del Perú

Atender a la pregunta por el ser en el pensamiento de Heidegger es atender a una problemática que exige desagregarse en distintas cuestiones, cuyo tratamiento ha marcado el pensar y el acontecer histórico del ser humano. Entre estas cuestiones se encuentra la preocupación humana por entender dónde se está, en qué lugar, cómo se vive y las exigencias que esto implica. Desde el pensamiento y lenguaje de Heidegger, dichas interrogantes desembocan en la comprensión del mundo, mundo en el que-es-el *Dasein*, junto a otros entes a los que atiende en tanto lo interpelan. Así, para comprender la existencia del *Dasein*, hay que comprender la mundaneidad, la circummundaneidad y la des-alejación que lo determinan. Empezar esta tarea implica seguir el pensamiento de Martin Heidegger sobre el mundo y la espacialidad existencial, lo que, en principio, motiva a la presente ponencia, pero, además, esta pretende detenerse en una consecuencia natural del estudio de la relación entre el *Dasein* y el mundo, esto es, la problemática ontológica del espacio.

En atención a ello, nos detendremos en la Primera Sección de *Ser y Tiempo*, abordando las nociones de mundo, *Dasein*, circummundaneidad y des-alejación. A continuación, atenderemos las nociones de mundo natural, naturaleza y realidad, haciendo confluír esto, finalmente, con la problemática ontológica del espacio. En este segundo momento también haremos alusión a algunas ideas presentes en el texto *Introducción a la Metafísica* y el artículo "...Poéticamente habita el hombre...". Nuestro objetivo es, pues, subrayar que el pensamiento heideggeriano sobre el mundo es, en cierto sentido, ya una ontología del espacio.

§ 1. Mundo, mundaneidad y circummundaneidad

El acontecer de la vida humana es permanentemente demandante, en atención a la situación del ser humano que vive en un lugar, al lado de distintas cosas que le salen al frente y lo interpelan. Es evidente, pues, para el ser humano, que no se encuentra solo en un lugar, sino que vive entre otros entes cuya presencia lo conminan a actuar y pensar. De ahí que la interrogante acerca del dónde se está y, consecuentemente, por qué se está donde se está, ha determinado en un grado importante la existencia humana a lo largo de la historia. Esta pregunta ha supuesto y reforzado la condición del ser humano como un "ser observador", esto es, como un ser que se encuentra con otros seres humanos y con diversos entes, a los que tiene que, indefectiblemente, atender sensiblemente y, a la vez, pensar, pues se da cuenta que todos comparten la misma situación, es decir, están, en principio, en un mismo lugar, bajo las mismas circunstancias. Por esa razón también, el ser humano comprende que la atención puesta en los demás seres repercute en él, tiene efectos en él. En

este acontecer vivencial inicial, nadie ni nada es inmune a la afección de los demás, nadie puede tomar distancia respecto de las demás cosas y reconocerse como alejado de estas y no perturbado por ellas. Ese proceder es factible luego, así como artificial, pues en principio, el ser humano al ver a los demás como él, a las demás cosas, y al verse a sí mismo, tiene que hacerse cargo de esta situación, de su situación de estar con otros y junto a otros.

Según el pensamiento de Heidegger, este ser humano es *Dasein*, un ser que es-en-el-mundo, el mundo es el lugar natural del *Dasein*, en el que este acontece observando y pensando en atención a todo aquello que se le presenta e interroga. En *Ser y Tiempo*, Heidegger observa distintos sentidos de la palabra "mundo", con la intención principal de evidenciar importantes aristas en el amplio significado de este término, antes que dividir y disociar definiciones. Heidegger comprende la complejidad de la noción de mundo y así la muestra, emprendiendo de esta manera su pensamiento sobre este, acudiendo a determinados sentidos según la marcha de su pensar, sin desestimar, desde luego, su comprensión general como lugar en el que es el *Dasein*.

Siguiendo el proceder del filósofo alemán, debemos especificar que el mundo es la totalidad del ente que es en el mundo, todo lo ente que es ahí; el mundo es también el ser del ente que es, esto es, qué significa ser ente; el mundo es aquello también en lo que vive el *Dasein*, el contexto en el que se inscribe; y mundo también significa mundaneidad (*Weltlichkeit*), esto es, la condición de ser en el mundo¹. Atenderemos la comprensión general de mundo sin desestimar determinado sentido particular de acuerdo a como lo exija la marcha del pensar.

La comprensión ontológico-existencial del mundo es la mundaneidad, esta comprensión permite evidenciar el movimiento del mundo, esto es, cómo se muestran los entes en el mundo, y en el caso particular del *Dasein*, cómo es ser-en-el-mundo. La mundaneidad refiere la situación de ser-en-el-mundo por parte del Dasein, estando junto a otros entes, que se le presentan y, en ese sentido, posibilitan el preguntar, y conminan a responder. Ser en el mundo es asentarse en este, entablando, indefectiblemente, una relación con los distintos entes que interpelan, asumiendo así la existencia cotidiana. Reconociendo esta condición, Heidegger considera necesario detenerse en esta mundaneidad, es decir, atender cómo se dan las relaciones en el mundo, para comprenderlas originariamente y así acontecer auténticamente.

El mundo reúne en su ser a diversos y múltiples entes que están en el entorno del *Dasein* ya entablando una relación con él, en la que este atiende a tales observándolos y pensándolos, dispuesto, en principio, a un acercamiento primigenio y auténtico, que no proyecta concepciones sobre

1 Cfr. Heidegger, Martin, *Ser y Tiempo*, traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo Rivera Cruchaga, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997, pp. 92-93 (§ 65).

lo que lo rodea, sino que acontece reconociendo al ente que comparece y asumiendo una afección mutua.

Nosotros llamaremos al ente que comparece en la ocupación el *útil* <Zeug> (**). En el trato pueden encontrarse los útiles para escribir, los útiles para coser, los útiles para trabajar <herramientas>, los útiles para viajar <vehículos>, los útiles para medir. Es necesario determinar el modo de ser de los útiles, y esto habrá de hacerse tomando como hilo conductor la previa delimitación de lo que hace del útil un útil, de la “pragmaticidad” <Zeughaftigkeit> (***)”².

El *Dasein* es-en-el-mundo atendiendo a los entes que están a su alrededor, una atención que es un trato permanente con estos, porque se da cuenta de la necesidad del vínculo con los mismos y, así, emprende esta relación básica con su mundo. Un mundo que lo circunda (*Umwelt*), que es inevitable para él y que es necesario, en tanto los entes que se encuentran en él forman parte de su acontecer y muchos de estos son útiles. Y lo son porque se inscriben con naturalidad en la ocupación del mundo por parte del *Dasein*, en el emprender de este en tanto reconoce y acepta hacerse cargo de lo que lo rodea, de lo circunmundano. Bajo este panorama, un ente es útil, y es significativo que el ente sea tal, pues en su relación con el *Dasein*, adquiere sentido y realce su “para qué”. En tanto el *Dasein* emprende algo, esto refiere al mismo tiempo a distintos entes, cuya presencia evidencia utilidad y, por ende, importancia; el vínculo acontece entre ellos naturalmente³-

De esta manera Heidegger se detiene en la comprensión de los entes que responden a la situación del *Dasein* como ser que se ocupa del mundo, subrayando la situación ontológica de aquellos y, por tanto, su condición respectiva. Estos entes son respecto de algo asumido y buscado, de una tarea emprendida, para la cual su presencia puede ser significativa. Tarea que puede comprenderse también respecto de otra labor, que, de esta manera, congrega a otros entes también para su realización. En el mundo, pues, el ente, en tanto útil, acontece en referencia a algo que se emprende, conforme a quehaceres o actividades que se acometen; en ese sentido, el ser del mundo revela a la *Bewandtnis*, la respectividad, también traducida como conformidad, como una condición que atraviesa interminablemente su marcha.

Cuál sea la condición respectiva de un ente a la mano, se determina siempre desde la totalidad respectiva <*Bewandtnisganzheit*>. Por ejemplo, la totalidad respectiva constitutiva del estar a la mano de lo que está a la mano en un taller, es “anterior” al útil singular, y asimismo lo es la de una granja con todos sus enseres y pertenencias⁴.

2 Cfr. Heidegger, Martin, *op. cit.*, p. 96 (§ 68).

3 Cfr. *ibid.*, p. 97 (§ 70).

4 Cf. *ibid.*, p. 110 (§ 84).

La condición respectiva o la conformidad de los entes remite, en última instancia, a un todo significativo, a la totalidad respectiva conforme a la cual presentan sentido los distintos entes. Esta refiere a un todo situacional o a una situación general compleja con respecto a la cual, adquiere sentido el acontecer de los entes que están a la mano. El taller y la granja son ejemplos de un todo significativo, conforme al cual tiene lugar la presencia y utilidad de diversos entes. Esto finalmente revela, en un grado importante, cómo es el fenómeno del mundo, cómo acontece inicialmente la relación entre el *Dasein* y los demás entes, esto es, en qué consiste la mundaneidad del mundo.

§ 2. Espacialidad existencial y la des-alejación del *Dasein*

El acontecimiento de los entes que están a la mano en referencia al *Dasein* y a un todo con sentido expresa la diversidad de lugares que estos ocupan en el mundo y la manera como inicialmente y auténticamente están en este, siempre respecto del *Dasein* que los atiende, los toma y los comprende. De esa manera adquiere sentido la circummundaneidad del mundo en el que es el *Dasein*, así se describe en términos iniciales y auténticos cómo se relaciona este con los entes que lo rodean y dan forma a su entorno. Estos son “cosas” que salen al encuentro del ser humano y, en el transcurso de la relación que entablan con este, van afirmando su lugar con propiedad, esto es, van situándose espacialmente y auténticamente, a partir de su condición respectiva. Así, el mundo comprende originariamente entes que comparecen remitidos a algo, y sobre la base de esta remisión, exhiben su lugar de manera natural.

<La> dimensionalidad del espacio está todavía velada en la espacialidad de lo a la mano. El “arriba” es lo que está “en el cielo raso”, el “abajo”, lo que está “en el suelo”, el “atrás”, lo “junto a la puerta”; todos los “donde” son descubiertos a través de los pasos y caminos del quehacer cotidiano e interpretados circunspectivamente, jamás son establecidos y catalogados en una consideración mensurante del espacio⁵.

La espacialidad (*Räumlichkeit*) de lo a la mano se asienta únicamente en la remisión de los entes al *Dasein* y en referencia a una totalidad significativa, así adquiere legitimidad el reconocimiento de los lugares propios de estos. Así emerge lo “espacial” de estos, en principio, única y exclusivamente en atención a una dinámica cotidiana que supone la observación del *Dasein*, el reconocimiento de que hay cosas que le salen al frente, el acontecimiento de la relación inevitable entre estos, el planteamiento de preguntas y la búsqueda de respuestas. Esto no se concilia con una lectura dimensional del espacio que apunta a determinar con precisión el lugar que ocupan las cosas y a medir sus traslados. En contraste con eso, emerge una espacialidad, o una condición espacial primigenia, que envuelve al ser humano y a las cosas que lo rodean, siguiendo la dinámica que traza el acontecer cotidiano.

⁵ Cfr. *ibid.*, pp. 128-129 (§ 103).

El *Dasein* es un ser ahí, un ser que es-en-el-mundo, formando parte de una relación con los demás entes, que supone observar, pensar y usar, en ese sentido, una relación que es un entablar un contacto permanente y necesario con lo que está en su entorno. Sobre esta base, recién, podemos aludir a una condición espacial del *Dasein* y evidenciar, de este modo, la complejidad de la estructura de su ser. El *Dasein* es existencia, porque es posibilidad de ser de muchas maneras y posibilidad, principalmente, de comprenderse; su ser posibilidad transita en el mundo, porque es en él, esto es, su ser “se debe” al mundo, responde a este y a todo lo que él comprende. Entonces, el acontecer del *Dasein* está íntimamente relacionado con el movimiento del mundo, es decir, con la dinámica inherente a este y que se expresa en el acontecer de sus distintos entes. Por ello, la espacialidad del mundo consiste en la espacialidad del *Dasein*, dado que los lugares que ocupan auténticamente los entes se entienden a partir de un comparecer de estos respecto de aquél. Sintetizando pues, el *Dasein* es existencia, pero también es condición espacial; en suma, es espacialidad existencial.

Hay una relación primigenia, innegable e inevitable entre el ser humano y lo que le sale al frente: la separación, y menos el divorcio, no acontecen en principio, no pueden suceder inicialmente. El *Dasein* transita, estando un poco más junto, o un poco menos junto con respecto a los entes; inicialmente, no son significativas la cercanía y la lejanía, en tanto categorías que intentan representar el contacto entre el *Dasein* y las cosas. En todo caso, y cuidando las palabras a las que apelamos (siguiendo a Heidegger también en esto), siempre el *Dasein* está un poco más cerca o un poco más lejos de los entes que se le muestran, consolidando una relación permanente. Primigeniamente, el Dasein no puede poner barreras entre él y lo que se le presenta, no puede tomar distancia respecto de “lo otro”, pues eso es artificial y lo natural es existir espacialmente, sin posibilidad de alejarse de los demás entes, pues el carácter de su espacialidad es *Ent-fernung*, con guión, etimológicamente, es deshacer la lejanía. En ese sentido, su espacialidad es des-alejación.

Desalejar quiere decir hacer desaparecer la lejanía <*Ferne*> <nota a pie omitida>, es decir, el estar lejos de algo; significa, por consiguiente, acercamiento. El *Dasein* es esencialmente des-alejador; por ser el ente que es, hace que el ente comparezca viniendo a la cercanía <nota a pie omitida>. La desalejación descubre el estar lejos. El estar lejos, al igual que la distancia, es una determinación categorial del ente que no es *Dasein*. En cambio, la desalejación debe ser entendida como un existencial⁶.

El acontecer del *Dasein* es un constante atender al ente posibilitando que este comparezca, lo que expresa, a su vez, que estos acontecen cerca o, si se quiere mayor precisión, más o menos cerca, pero nunca, originalmente, distanciados. Recordemos que el ente que interpela, al hacerlo, se sitúa auténticamente en un lugar, un lugar que finalmente no es ajeno al

6 Cfr. *ibid.*, p. 130 (§ 105).

Dasein, pues expresa la particular situación espacial de un ente que comparece en el mundo, en el que es, justamente, el *Dasein*. “El *Dasein* es espacial en el modo del descubrimiento circunspectivo del espacio, y en tal forma que en todo momento tiene un comportamiento des-alejante respecto del ente que así le sale espacialmente al encuentro”⁷. Heidegger alude al ser espacial del *Dasein* (*räumlich*) pues el término “espacial”, en este contexto, es legítimo y necesario, en tanto descansa en la comprensión de aquel como existencia espacial o espacialidad existencial, ya que ocupa un lugar no ajeno al lugar del ente que le sale al encuentro o, en otros términos, porque su situación espacial se vincula primigeniamente con la situación espacial de los demás entes.

El descubrimiento circunspectivo del *Dasein* conduce a reconocer el ser espacial de este, y esa apertura del entorno descansa en la cotidianidad. Es decir, el acontecer cotidiano de aquel le posibilita, a sí mismo, comprenderse como espacialidad, comprenderse en medio de los entes acercándose a estos y comprender que, en principio, no puede sustraerse de dicha condición espacial. El *Dasein*, originalmente, no permanece alejado de los demás entes, sino, es un constante transitar y ocupar lugares, con ocasión de la presentación de aquellos. Así emerge y se legitima la condición espacial del ser humano, desde el pensamiento de Heidegger, en atención al acontecimiento de la cotidianidad. En ese sentido, este “espacio”, en tanto término y noción que incorpora en su pensar el filósofo alemán, se legitima como espacio cotidiano, esto es, como espacio que nombra el lugar o los lugares por donde transita el incesante des-alejarse del *Dasein* respecto de distintos entes.

§ 3. Mundo, Naturaleza y Espacio

Ante todo es el mundo y en este es el *Dasein*, pero este es posibilidad de ser de muchas maneras, y en ese sentido, las últimas líneas de esta ponencia han realzado el ser espacial del mismo, esto es, su condición de estar en una relación constante y cotidiana con los entes que le salen al encuentro, una relación que lo sitúa más o menos cerca y más o menos lejos de estos. Pero en tanto el *Dasein* es posibilidad de ser de muchos y múltiples modos que se deben pensar, Heidegger nos conduce a atender nuevamente al mundo para entender más y mejor aquello a partir de lo cual comprendemos la existencia.

Ese mundo es inicial y genuinamente solo mundo, sin ningún adjetivo que lo acompañe, solo es necesario su enunciación como nombre para referirlo legítimamente y, así, continuar comprendiéndolo en su ser. Pero la historia del pensamiento occidental comenzó, en determinado momento, a referirlo y entenderlo como mundo natural. Esto se inició, conjuntamente, con el inicio del olvido de la pregunta por el ser. Al parecer, no se comprendió de qué trataba la comprensión del mundo, y en vez de atender a este en su originalidad, se reorientó la mirada hacia el carácter óntico del mundo, hacia un entendimiento de este en tanto entidad en

⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 133 (§ 108).

donde vive el *Dasein*. Desde esta perspectiva, el entendimiento del mundo implicó la paulatina articulación de este con otras nociones, hasta la subordinación del mismo a una nueva palabra, la naturaleza.

Heidegger pide una auténtica ontología del mundo, es decir, un acercamiento auténtico y necesario a este. En esa línea, se pregunta por el mundo como fenómeno, por los entes que están en él en tanto fenómenos, es decir, en tanto cosas que le salen al frente al *Dasein* y que, conjuntamente con la atención de este, se muestran como útiles. Pero esta ontología que se asomó en el pensamiento inicial se comienza a perder y, consecuentemente, es reemplazada por la ontología tradicional del mundo, que prioriza al ente en desmedro del ser, y así, paulatinamente, se va perfilando y desarrollando la historia del pensamiento occidental. Un momento importante de esta es aquel en el que se presenta y afirma la concepción cartesiana del mundo como extensión, postulado que si bien puede tener una base fenoménica, o ciertamente fenomenológica respecto del mundo, finalmente aporta en la desestimación del ente a la mano y en el realce del ente como aquello que está ahí, es decir, como entidad que se puede aprehender con seguridad. Con lo cual se marca una distancia determinante con respecto a la espacialidad del *Dasein* y del ente a la mano, en suma, con respecto a la espacialidad del mundo⁸.

El espacio (*Raum*), inicial, genuino y cotidiano, que se incorpora legítimamente en la comprensión auténtica del mundo como palabra y significado, y que se asienta en la apertura des-alejante del *Dasein* respecto de los demás entes, que permite comprender el lugar auténtico de este como un aquí que se vincula con el allí de las cosas, comienza a entenderse de otra manera. El término se mantiene, pero el campo semántico comienza a incorporar elementos nuevos, lo que, en principio, no se cuestiona. Lo que sí se objeta, en cambio, es que la participación de estos elementos que dan lugar a un nuevo entendimiento, encumbren a este, otorgándole un status excluyente, que implique el olvido del espacio inicial y, por ende, el olvido del mundo.

El espacio no está en el sujeto, ni el mundo está en el espacio. El espacio está, más bien, "en" el mundo, en la medida en que el estar-en-el-mundo, constitutivo del *Dasein*, ha abierto el espacio. El espacio no se encuentra en el sujeto, ni el sujeto considera el mundo "como si" este estuviera dentro de un espacio, sino que el "sujeto", ontológicamente bien entendido, es decir, el *Dasein*, es espacial en un sentido originario. Y porque el *Dasein* es espacial en la forma descrita, el espacio se presenta como a priori. Este término no indica algo así como una previa pertenencia a un sujeto primeramente sin mundo, que proyectaría desde sí un espacio. Aprioridad quiere decir aquí: prioridad del comparecer del espacio (...) en el correspondiente comparecer de lo a la mano en el mundo circundante⁹.

8 Cfr. *ibid.*, pp. 126-127 (§ 101).

9 Cfr. *ibid.*, pp. 136-137 (§ 111).

Solo el mundo posibilita la espacialidad y la referencia al espacio, porque en el mundo el *Dasein* es, y al ser, se vincula con el ente que se muestra, derivando de esto, la experiencia del lugar que congrega a tales, legitimando ello, el decir y el pensar el espacio. Este se asienta en el mundo y no al revés¹⁰. Pero la historia del pensamiento occidental fue desestimando esto paulatinamente, en tanto se desarrollaba nutriéndose con nuevas teorías, nuevos conceptos, nuevas palabras, o reactualizando algunas de estas que ya se decían. En este desarrollo fueron adquiriendo protagonismo determinados términos, y su respectiva conceptualización; términos como “naturaleza” o “espacio físico” se fueron encumbrando en la historia del pensamiento, tomando distancia respecto del mundo (original e inicial) del *Dasein* espacial y de los entes a la mano, perfilando el derrotero de un pensamiento que Heidegger reconoce como metafísica.

A medida que se va olvidando el mundo, se va afirmando la naturaleza, como gran entidad que refiere y sintetiza el escenario complejo en donde se sitúa el ser humano, como un ámbito especial que se diferencia de otros como el arte o la sociedad¹¹. Además, este ser humano deja de comprenderse en su ser, es decir, como *Dasein*, pues se va entendiendo y encumbrando como sujeto. El ente a la mano, que contribuye en la comprensión del ser espacial del *Dasein* en tanto se vincula con este en un lugar, cede su importancia paulatinamente a “lo que está ahí” presto a la aprehensión intelectual humana. Y el lugar vinculante en el que acontece el *Dasein*, con ocasión de su relación con el ente que está en su entorno, se va olvidando, a la vez que se va perfilando el espacio físico que, con sus dimensiones, evidencia la medición de distancias entre cosas como fundamento de su presencia. Así pues, se va configurando un mundo natural, como escenario en el que la vida humana se entiende como actuación del sujeto con miras a explicar certeramente a los objetos, de modo que finalmente se tenga un conocimiento preciso de aquel, es decir, de la naturaleza. Este momento de consolidación del olvido del mundo es el momento de la consumación del olvido del ser, pues ya no convoca la comprensión del ser del ente, sino apremia la fijación y medición de este.

§ 4. El problema ontológico del espacio, el olvido del mundo y el acontecer del *Dasein*

Mientras el olvido del mundo se afirma cada vez más, el mismo pierde visibilidad, además porque es obnubilado por la creciente convicción del pensamiento occidental de que el sujeto, finalmente, puede determinar y conocer “lo real”. La afirmación del espacio físico y, consecuentemente, de la naturaleza, significa para la metafísica un gran logro, pues es la

¹⁰ Cfr. Dreyfus, Hubert L. *Ser-en-el-mundo. Comentario a la División I de Ser y Tiempo de Martin Heidegger*. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos, 1996, pp. 153-154.

¹¹ Cfr. Heidegger, Martin, *Introducción a la metafísica*, Barcelona: Editorial Gedisa, 1997, p. 64.

expresión de estar alcanzando, finalmente, un conocimiento claro y preciso por parte del sujeto de esa totalidad o universo del que forma parte. En estas circunstancias, el sujeto puede estar seguro de que ha captado lo real, y ese conjunto de conocimientos que ha establecido y esgrime, lo facultan para hablar de “la realidad”. Esta es, para el sujeto ávido por conocer, la prueba de que no puede haber nada oculto, nada insondable, para la reflexión y la acción humana. Heidegger problematiza en torno a esa claridad atribuida al conocimiento de la naturaleza, al entendimiento de lo real, pensando, como siempre, el ser de lo encubierto y de lo desencubierto.

Sin embargo, el ente intramundano, precisamente en el sentido de lo real, de lo que sólo está-ahí, puede quedar todavía encubierto. Pero incluso lo real mismo sólo es descubrible sobre la base de un mundo ya abierto. Y tan sólo sobre esta base puede lo real quedar todavía *oculto*. La pregunta por la “realidad” del “mundo exterior” queda planteada sin que se aclare previamente el *fenómeno del mundo* en cuanto tal. Fácticamente, el “problema del mundo exterior” se orienta en todo momento por el ente intramundano (las cosas y los objetos). Y de esta manera, tales discusiones conducen hacia una problemática ontológicamente casi inextricable¹².

La convicción del conocimiento certero de la realidad se puede criticar, en tanto la misma ha perdido de vista al mundo como base de toda convicción y afirmación. Si no se atiende y comprende al fenómeno del mundo –como lo llama Heidegger– como condición de toda posibilidad de ser del *Dasein* en tanto este es en él, es discutible, por lo menos, esgrimir plena seguridad en el entendimiento de lo real. Se puede referir lo real, se puede postular a la realidad, sin duda, ese no es el problema, lo crítico es que esa referencia y postulado desatienda y, peor aún, olvide, aquello que posibilita que el ser humano se asuma como sujeto y, en función de eso, emprenda ese entendimiento del mundo natural. El sujeto del pensamiento occidental que determina la verdad de la naturaleza y así conoce certeramente la realidad, es, ante todo, un *Dasein* que es-en-el-mundo, que es apertura a los demás entes que están en su entorno, que es espacialidad existencial, y que, bajo esa condición, va comprendiendo el des-ocultamiento del ser. Olvidar y, por ende, consolidar un desconocimiento de esto, es asumir (consciente o inconscientemente) el encubrimiento, no de la verdad (tradicional), no de la esencia o sustancia de las cosas, sino de la cuestión básica, inicial y primigenia, la cuestión del ser, de cómo es el ser humano, cómo son las cosas, cómo es el lugar en el que transcurre aquél y están estas. La claridad del entendimiento de lo real no es, pues, tal, y no por un error en su procedimiento o manera de acercarse a su objeto, sino porque se asienta en el encubrimiento de aquello que posibilita toda empresa cognoscitiva, es decir, el mundo.

En el pensamiento occidental se relega al mundo, se encumbra al espacio físico y, consecuentemente, a la naturaleza, y así se esgrime un conocimiento seguro, sin percatarse del mundo ya encubierto. Sobre esta

12 Cfr. Heidegger Martin, *Ser y Tiempo*, p. 224 (§ 203).

base, la metafísica avanza, estableciendo lineamientos para saber y para vivir, para conocer y situarse en el espacio. En ella se pierde el sentido del básico caminar, del andar del *Dasein* que es espacialidad existencial, del habitar¹³, y se propone y destaca el avanzar hacia adelante, siguiendo una directriz, midiendo distancias, en respuesta a un estudio previo del espacio. Se pierde de vista la comprensión del lugar que congrega al *Dasein* que observa y al ente a la mano que puede ser útil, se va desestimando a aquél como espacialidad existencial y restándole importancia al espacio cotidiano. El protagonismo lo tiene una teoría del conocimiento sobre la realidad, en la que el ser humano se asume como un ente que se puede separar claramente de la cosa que estudia, como un observador privilegiado que mira objetivamente a la realidad.

Bajo estas coordenadas que estructuran el pensar, es difícil darse cuenta de la idealización del sujeto (en tanto observador de la realidad) en la que se recala, y es complicado también retomar la experiencia intuitiva de las cosas que están en el entorno. En estas condiciones, pues, piensa Heidegger, se muestra complejo emprender una ontología del espacio, un pensamiento dedicado al ser del espacio. Pero en atención a todo lo pensado y presentado por el filósofo alemán, podemos afirmar que él inicia, o reinicia, una ontología del espacio, a partir de su preocupación por el mundo y todo lo que desencadena esto, es decir, pensar el *Dasein*, los demás entes, el espacio cotidiano, y también pensar el espacio físico, la naturaleza y la realidad. De esta manera, a su vez, se evidencian las resonancias del pensamiento heideggeriano en general, y de *Ser y Tiempo* en particular, en discusiones inauguradas el siglo pasado y que continúan en el presente, discusiones que, en un importante grado, reconocen la urgencia de reflexionar sobre el significado del espacio, la naturaleza y la física. Disquisiciones que, en principio, se inscriben en la (nueva) física, pero que, en un determinado sentido, son también ya, como afirma Xabier Zubiri, “un problema de filosofía”¹⁴.

13 Cfr. Heidegger, Martin, “...Poéticamente habita el hombre...”, en su: *Conferencias y Artículos*, traducción de Eustaquio Barjau, Barcelona: Serbal, 1994, p. 176.

14 Cfr. Zubiri, Xavier. *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid: Alianza Editorial, 1994, pp. 331-332.